

El interior del templo estaba adornado con un rico pabellón de terciopelo que ostentaba los colores de la Orden Dominicana y que terminaba en flecos de oro, recogidas las extremidades con gruesos cordones y grandes borlas también de oro, en los intercolumnios. Mas en el pavimento de esta parte de la pira descansaba un túmulo, en forma de extensa urna cineraria, que imitaba el mármol verde, con entrepaños de mármol blanco para las inscripciones. De los costados de la urna pendían gruesos anillos dorados, y encima, sobre un cojín encarnado, veíase, como insignia del Pastor, la sagrada mitra. Rodeaban, por último, la veneranda urna las Virtudes Teologales, de tamaño natural, y hacían el encomio brevísimo del santo finado las inscripciones siguientes, que se leían: la 1.^a al Oriente, la 2.^a al Norte, la 3.^a al Poniente, y la 4.^a al Sur del propio túmulo:

I

Illmus. Dominus et Magister
Dom. Frater Antonius Alcalde,
Terris datus
Idibus Martii anno Domini MD CCI,
Coelo est reditus
Anno Domini MDCCXCII
Septimo Iduum Augusti.

II

Fuit ille vir simplex, et rectus ac timens
Deum, et recedens a malo.

III

Inebriavit Deus animam ejus pinguedine,
ac populus noster adimpletus est
bonis.

IV

Omnibus omnia factus, ut omnes faceret salvos.
Oculus fuit caeco, et pes claudus: pater erat pauperum.
Venerunt ad eum in hospitium plurimi;
quibus exponerat testificans regnum
Dei.

Como último cuerpo y corona del catafalco se levantaba sobre la techumbre del templete una airosa pirámide en cuyo extremo descollaba una cruz griega de ráfagas doradas y con la cual venia la pira á tener de altura quince metros aproximadamente. En el lado oriental de esta pirámide, sobre la cornisa del templete, y dando frente al marmóreo ciprés de la Catedral, se apoyaba un escudo de lapilázuli, en cuyo centro aparecía un magnífico retrato que del Illmo. Sr. Alcalde facilitó el Sr. Lic. D. Agustín Villa, uno de los admiradores y encomiadores más inteligentes y eruditos en la historia del Venerable Prelado. Hacían como guardia al retrato, sosteniendo con una mano el escudo á derecha y izquierda, dos geniecitos de blanco alabastro, que, en doliente actitud, y en la mano que les quedaba libre, portaban las insignias episcopales, uno de ellos, el de la derecha, el báculo, y el otro, el de la izquierda, el pectoral. Como correspondiente, al lado contrario del ocupado por el retrato, dejábase ver, en el costado occidental de la pirámide, el simbólico escudo de la Orden de Predicadores.

Este fué el monumento fúnebre que se erigió al héroe de la caridad en Jalisco, en la primera Centuria de su muerte. Como se ve, sufrió el catafalco antiguo modificaciones de importancia que le dieron mejores proporciones y realzaron su belleza; habiendo tomado parte en la realización de esas modificaciones, además del Sr. Presbítero Placencia, mencionado antes, el entendido artista D. Eduardo Martínez, que ha intervenido en las obras materiales de muchas iglesias en esta ciudad y en otras poblaciones del Estado.

Como parte complementaria y de ornamentación del monumento que acabamos de bosquejar y del cual corre agregada á esta Reseña la vista del mismo sacada por la excelente Fotografía de Mora y reproducida por la acreditada Litografía de Loreto y Ancira Hnos., hay que hacer mérito del inmenso pabellón negro de trasparente gasa que del centro de la bóveda del templo, bajo de la cual se erguía la elevada pira, se desprendía, dividido en gajos bordados de oro y con las extremidades sujetas á las cuatro columnas de la nave, sobre el túmulo, al cual hacía como sombra, sin quitarle sin embargo la vista.

Pasemos ahora á decir algo sobre

La restante ornamentación del templo.

Nunca tal vez, dijimos, habiáse mostrado la Santa Basílica de Guadalajara tan hermosa, tan espléndida, con su traje enlutado, como en este Centenario de su más caritativo Prelado; pues los arrees de duelo que para la fúnebre solemnidad se le vistieron la comunicaron un no sabemos qué de gracia y de belleza que llamó vivamente la atención y agradó sobremanera. En la imposibilidad de pintar con la palabra esos atavíos lúgubres que daban á la Santa Iglesia el aire de toda una reina de la belleza y del dolor á la par y que solamente al arte pictórico sería dado expresar, vamos á indicar brevemente lo que formó el resto de la ornamentación del metropolitano templo en ese día.

Primeramente, en el espacio de la nave central, que quedó mediando entre la escalinata oriental del catafalco y la que conduce al panteón ó al altar mayor del vasto templo, se distribuyeron en hileras doce blandones de metal, ricamente trabajados, que sostenían otras tantas hachas descansando sobre ellos; y al fin de ambas hileras, y como presidiéndolas y guiándolas á manera de jefes hácia el trono del Santísimo, colocáronse dos grandes candelabros de seis metros de altura, de figura piramidal, de mármol negro antiguo con escudos blancos por adorno, y teniendo cada uno cuatro hachas en su base, y otra, rodeada de diez y seis cirios formando coronilla, en su extremidad. Fuera de esto y sobre repisas construidas *ad hoc*, en las pilastras de las naves laterales, destacábanse soberbios y resplandecientes candelabros de oro que sostenían grandes y ardientes cirios y que proporcionaron, como un obsequio á su egregio benefactor que tantos favores las prodigó, las Monjas de Santa María de Gracia, las de Santa Mónica y las de Jesús María. Además de lo expuesto, y siguiendo en el mismo orden de ideas, hay que añadir que del centro de las bóvedas de la Matriz pendían diez y siete candiles profusamente iluminados, y que diez y ocho se encontraban alumbrando á los lados de los altares. De suerte que la Catedral, en medio de su fúnebre aderezo, brillaba como una ascua de oro, contrastando el resplandor de las antorchas y los fulgores vivísimos del oro, de la plata, del cristal y de los

paramentos sagrados, con las lúgubres y negras colgaduras y demas arrees de duelo del templo.

Por lo que á esto último se refiere, haremos notar que en esta parte se puso grande esmero y que el atavío de la Iglesia constituyó una verdadera novedad. El gracioso pabellón que, del centro de la bóveda respectiva y dividido en cuatro gajos que por sus extremidades ondulantes quedaban sujetos á las columnas, airosamente descendía sobre el ciprés de mármol, así como la elegante cobertura que á éste envolvía, indicaban con su fúnebre crespón, en el sitio principal de aquel sagrado recinto, el duelo de la Matriz, huérfana de su antiguo Pastor; y á ese mismo duelo, al gemido y á las lágrimas convocaban las enlutadas naves del templo, á cuyas pilastras y columnas daban aspecto funerario diez y ocho cortinas de percal y ocho de gasa trasparente, de á diez varas de largo cada una, situadas, las primeras en las pilastras, y las segundas en las columnas, en sentido longitudinal y ondulando tristemente de cuando en cuando al soplo del viento. Finalmente, los negros moños de los candelabros, los fúnebres arrees del altar, las negras vestiduras sacerdotales, el oscuro y denso velo que ocultaba el coro y el nuevo hermosísimo cimborrio, y el traje de luto de la selecta concurrencia que llenaba con especialidad la nave media del templo: todo, todo venía á realzar el aspecto severo, doliente y atribulado de la espaciosa y hermosa Basílica Metropolitana que, cual reina viuda, lamentaba la eterna ausencia de su sacro Esposo de otros días.

Tal era el magnífico golpe de vista que la Catedral de Guadalajara ofrecía desde luego en la mañana de ese inolvidable ocho de Agosto del presente año. Todo, como se ve, convidaba al recogimiento, á la unción y á un duelo santo, al dar principio

La Vigilia

ú Oficio de Difuntos, con que empezó la ceremonia, en honra y sufragio por la bendita alma del mitrado difunto.

Comenzó, pues, el acto, á las nueve de la mañana, con un concurso tan selecto y numeroso, y aun mayor, que el de la víspera. Presente en el Coro el V. Cabildo, aparecieron ante el al-

tar el Sr. Canónico Penitenciario Dr. D. José Homobono Anaya, como Preste, y el Sr. Prebendado Dr. D. Ignacio Díaz y el que habla, como acompañantes; y rasgando incontinenti la orquesta los aires con las tristísimas, gemebundas y desgarradoras sinfonías del inspirado maestro español D. Pablo Hernández, ejecutóse con el mejor éxito, bajo la batuta del hábil Director D. Diego Altamirano, y con una tropa coral de 46 instrumentistas y 34 voces, 18 de niños y 16 de adultos (total 80 plazas, de lo más granado en materia de arte musical jalisciense), la hermosísima, la sublime *Vigilia* del mencionado compositor extranjero, uno de los que más han sobresalido en el género fúnebre de la música sagrada contemporánea.

No es el ánimo nuestro [ni para ello tenemos la aptitud necesaria] el exponer en detalle las bellezas en que abunda esa obra maestra del arte sagrado español. Los ayes del sepulcro, los dolores y lamentos de ultratumba, los terrores de la eternidad, la nostalgia del cielo, el anonadamiento del alma ante el Supremo Juez, la miseria del hombre, la procacidad del tiempo, la horrible fealdad y monstruosidad del pecado, el pavor que infunden las eternas penas: todo eso viene á la mente, todo angustia el alma y oprime el corazón, todo hace brotar el llanto, al escucharse las gemidoras armonías con que esa composición musical expresa las ideas que el Oficio de Difuntos contiene. Imposible es no horripilarse, que no se erice el pelo; difícil es no suspirar, no gemir, no sollozar, no derramar sentidas lágrimas, al asistir, escuchando los acentos de esa *Vigilia*, al tremendo drama, que, en la antesala de la eternidad, en ese el más tremendo de los escenarios, tiene lugar entre el alma y Dios, entre el reo y el Juez Infinito, ante cuya majestad los Querubines tiemblan y los Serafines vélanse ruborosos el rostro con sus blancas alas.....

Solamente anotaremos que, del mismo modo que en el día anterior, la orquesta lo hizo muy bien; que todos los artistas se esmeraron á porfía en el desempeño feliz de su cometido; que la voz de los niños, remedo de los acentos angélicos, fué, sobre todo en los pasajes más dolientes, de magnífico efecto; y que los hermosísimos y conmovedores *solos* que empiezan *Hodie si vocem ejus audieritis y Quadraginta annis*, los cantaron con verdadera

maestría, el primero, el tenor D. Alfredo Anaya, y el segundo el bajo D. Jesús Martínez.

Concluida la *Vigilia*, para la cual se cantó un solo Nocturno, ejecutándose á grande orquesta el Invitatorio y todo lo demás á canto llano, siguió inmediatamente

La suntuosísima Misa de Requiem,

oficiando en ella los mismos Capitulares que lo habian hecho en la *Vigilia*.

La obra musical que, previo diligente ensayo, principalmente por parte de los niños, ejecutóse en esta vez por la propia orquesta de la *Vigilia*, fué la del insigne maestro italiano D. Carlos Coccia, uno de los autores de mas sentido religioso y de los mas expresivos y dramáticos en el desarrollo de sus ideales en la artística Italia. Toda esa *Misa de requiem* del citado autor es magnífica, espléndida, y está en perfecta armonía con su objeto, encontrándose en ella subordinada la música á la letra, la armonía á la idea, el arte á la Religión. Todo en ella respira la unción santa, la tristeza cristiana, las tribulaciones, temores y ansiedades y á la vez la esperanza firmísima del alma que, para llegar á las esferas de luz de la dicha sin fin, tiene que atravesar antes las regiones de fuego del sufrimiento y de la purificación. Pero sobre todo, lo que más encanta, lo que arrebató, lo que transporta el espíritu á horizontes y alturas ignotas de un idealismo inefable, en esa *Misa* del inspirado artista, es el *Dies irae*, la sublime *Sequentiae* la tiernísima y dolorida Prosa que la Iglesia en su liturgia destina para elevar al cielo en gemebundas endechas y dolorosos trinos sus plegarias juntamente con la Oblación de valor infinito, por las almas de los que fueron. "Allí se oyen, —repetiremos aquí lo que en otra ocasión dijimos hablando sobre el propio asunto— allí se ven, en medio del espanto universal, los horrores de la máxima y última catástofe del mundo, de la gran tribulación mundial, preparada por las grandes tribulaciones precedentes. Allí se oye el espantable fragor del concierto horroroso de la máquina del universo. Allí se ve descender en toda su majestad tremenda á Jesus, al Supremo Juez de Infinita Justicia, y el pavor supremo pintado en el semblante de los humanos. Allí se oye el sonido terrible de la trompeta

y la voz penetrante y grave del ángel que llama al Tribunal Divino á la humanidad entera, para la gran revista del mundo angélico y humanitario, que decidirá de la eterna suerte de las criaturas todas que entienden y aman. Allí se escucha la plegaria férvida de los escogidos, y se vé la pronta separación de buenos y malos, y el hundimiento súbito de estos en el eternal abismo, y la bendición y acogida de Jesús á los desterrados que gloriosos van á entrar á la Patria. Allí, en fin, se percibe el conjunto y se palpan los pormenores del grande y pavoroso suceso del postrero de los días, del acontecimiento deseado por la Ciudad de Dios y temido por la Ciudad del Mal, y que cierra el período de los siglos con broche que tuerce la mano del Omnipotente para dar principio á la eternidad pura, al día sin comienzo y sin fin".....!

Para concluir este punto, solamente añadiremos que la orquesta en la *Misa* estuvo, como en lo demás de esta solemnidad centenaria, á la altura de su merecido renombre, elevado á potencias dejando muy bien parado y en creciente el prestigio que en los últimos años ha llegado á conquistar el arte musical tapatío. Todos los profesores llenaron con esmero su cometido; pero es de notar el gratísimo efecto que en la ejecución del *Dies irae* produjeron las voces angelicales de los sopranos, á cargo de los niños, en las estancias *Judex ergo* y *Quid sum miser*, donde los contrastes vivísimos que en ellas se escuchan son admirables. En la estrofa 8.ª, despues de haber cantado los bajos y los tenores, al unisono y á toda fuerza, las coplas anteriores, desde la *Tuba mirum spargens sonum*, oyóse conmovedor y doliente al tenor D. Alfredo Anaya entonando snplicante el *Rex tremendae majestatis*. Las estrofas que siguen, desde la 9.ª hasta la 15.ª, colocadas en un concertante para todas las voces, se cantaron primorosamente, desempeñando la parte de sopranos solos los niños Juan Matute, José Aguilar y Manuel Altamirano; de sopranos segundos, los niños Manuel Juarez, Agustín Meléndez y Joaquin Guillen; de tenores solos 1.º y 2.º, D. Darío Marmolejo y D. Jesús Martínez. La estrofa 16.ª fué una hermosísima fuga á cuatro partes para todas las voces. La 17.ª de bajo solo, estuvo muy bien á cargo de D. Jesús Martínez. La 18.ª, que empieza *Locrimosa dies illa*, desempeñáronla en or-

feón los Sres. D. Alfredo Anaya, D. Manuel Martínez, D. Darío Marmolejo y D. Jesús Martínez. Y por fin, concluyó el bellísimo himno con un *Andante* pianísimo con toda la orquesta y todas las voces.—Otra cosa: á la elevación del Sacramento, fué ejecutada, con el mejor efecto, como lo fuera en otras ocasiones análogas, por la orquesta reforzada, por las trompetas y tambores de la infantería, la Marcha Real Española, que se presta perfectamente para saludar con ella al Rey Inmortal de los siglos, en el momento de ser ofrecido por el Sacerdote á la adoración del pueblo.

Concluida, con la suntuosidad que acabamos de indicar, la grandiosa *Misa de requiem*, subió á la tribuna sagrada, ricamente enlutada, el orador de la lúgubremente espléndida solemnidad, Illmo. Sr. Dr. D. Atenógenes Silva ya en esos días preconizado Obispo de Colima.

La Oración Fúnebre que en honra y alabanza del héroe de la caridad en estas regiones iba á pronunciar el entonces Lectoral y Príncipe Electo de la Iglesia Colimense fué, entre las hermosísimas manifestaciones del Centenario Alcalde, una de las más alhagadoras espectativas. La justa fama, por una parte, no solamente de notable, sino de primer orador, que en la ciudad y en la Arquidiócesis, ya tenía de antemano conquistada el Illmo. Sr. Silva; y por otra parte, la grandiosidad del hombre, del cenobita, del sacerdote, del Prelado que iba á ser elogiado en la Cátedra del Espíritu Santo, y no mediante una improvisación, ó poco menos, como son ordinariamente los sermones del Sr. Silva, aun en las grandes festividades, sino con un discurso preparado y estudiado cómo lo pedía la grandeza é importancia del héroe; todo esto, como era natural, hacía que el inmenso auditorio esperara una gran cosa, una producción notable, una obra maestra de sagrada elocuencia, digna de ambos Prelados, del panegirista y del encomiado. Y á fé que no se engañó el selecto y apiñado concurso!

Subió pues el Sr. Silva al púlpito, trémulo, vacilante y pálido por la terrible enfermedad que pocos días antes lo había en un momento arrastrado á las orillas del sepulcro y de la cual, maravillosamente librado, se encontraba en ese día en la convalecencia; y con la elevación de ideas, originalidad y profundidad de

pensamiento, gráfica belleza de imágenes, y magnificencia, pompa y esplendor de lenguaje, que caracteriza la oratoria del hoy 3.er Obispo de Colima; y con la unción y tierna piedad con que habla siempre en la tribuna santa, hizo el afamado y grande orador el Fúnebre Elogio del *Fraile de la Calavera*, del esclarecido y santo Prelado que á fines del siglo último rigió los destinos de la Iglesia Guadalupeña y que se destaca y brilla por su caridad, en la gloriosa falange del Episcopado Jalisciense, como la primera y mas radiosa figura, como el ángel tutelar de esta región del Reino de Jesucristo, como el sol en el firmamento!.....

No descenderemos, por los motivos que en ocasiones semejantes hemos expuesto, al análisis ni aun somero, de la obra literaria del Illmo. Sr. Silva. Tampoco hay de esto necesidad alguna. A continuación de la presente Reseña encontrarán á su disposición el discurso cuantos quieran cerciorarse de su mérito y saborear sus bellezas, como las paladeamos los que tuvimos el gusto de oirlo, con todo el realce del ademan, de los labios mismos del orador, quedando encantados de la verdad y magnificencia con que hizo ver que en el héroe de la caridad jalisciense, en el egregio Alcalde, la idea fundamental del texto, expresada por el Príncipe de los Apóstoles cuando llama á los Obispos *forma de su grey*, se efectuó de una manera perfecta y sublime, no solo considerándose la forma como sustancial sino tambien y especialmente como accidental, con toda la profunda, elevada y fecunda significación que en la Filosofía Escolástica-Tomística se envuelve en esas ideas de la metafísica sublime. Por lo demás, la prensa de todas ideas elogió magníficamente la producción oratoria del joven Prelado Colimense, y aun hubo periódicos (v. g. *El Tiempo* de México y el *Diario de Jalisco* de esta ciudad) que se empeñaron cuanto pudieron por dar á luz, en el mismo día en que se predicó, el Elogio Fúnebre en cuestion, lo cual no lograron porque de derecho correspondía en esta materia la primacía á la Catedral de Guadalajara.

CONCLUSION.

Con los últimos ecos de la prédica elocuentísima del Illmo. Sr. Silva, que profundamente conmovieron al auditorio, y con los postreros *Responsos* y *Preces* que, segun lo previene la liturgia en tales casos, junto al catafalco y en la Sacristía se entonaron dolientes por el descanso eterno del Illmo. finado, púsose fin á la fúnebre ceremonia, retirándose compungido, y á la par contento y satisfecho, el inmenso gentío, de haber visto honrado y ensalzado por la Basílica Santa con tan digna pompa y esplendor al heroico benefactor suyo y de todas las clases sociales, al que de todas veras hizose en su largo episcopado la forma de su Grey, al insigne y caritativo Prelado cuya Centuria conmemorábase.

Estas fueron las dos solemnidades eucarística la una, y fúnebre la otra, que, rivalizando entre sí en suntuosidad y grandeza, verificáronse los días 7 y 8 de Agosto último, en la Catedral de Guadalajara, y que vinieron á formar como el prólogo y á la vez como el alma, el núcleo y el foco resplandeciente y vivísimo de todas las demas espléndidas, tiernas y sublimes manifestaciones que, nunca vistas algunas en la Reina de Occidente, y superando asombrosamente su realización á cuanto se había concebido y pudiera esperarse, tuvieron lugar durante varios días en la ciudad, entre los arranques del mas puro entusiasmo y expansiones de la mas acendrada gratitud.

Como se ve, la Catedral, el Prelado y el Cabildo de esta Metrópoli, mostrándose á la altura de su deber en ese conjunto de hermosísimas y patéticas manifestaciones que, debidas á todas las clases sociales, y borrándose en esta parte todas las diferencias y haciéndose de los gremios, familias é individuos una sola entidad, que piensa, dice y obra una misma cosa de mil maneras, como los colores del iris con todos sus cambiantes dejan ver el mismo rayo de luz, constituyeron lo que se denominó el Centenario Alcalde y pusieron muy alto el nombre de Guadalajara como ciudad *¡culto y agradecida*.

¡Que el cielo reciba propicio los nobles y purísimos sentimientos de que esta Santa Iglesia Metropolitana hizo piadoso y digno-